

Majestad... creo que no hay inconveniente... digo, obstáculo perentorio... en que Vuestra Majestad ocupe ese bote. La bandera francesa es... me parece... creo que no faltó al respeto... es la de nuestros aliados... de nuestros gloriosos aliados.

La Emperatriz le miró de arriba abajo, y volviéndole la espalda, exclamó desdeñosamente:

— Es usted un tonto... Déjenle, déjenle (dirigiéndose á nosotros) que vaya á buscar á nuestros gloriosos aliados (recalcando la frase); nosotros aguardamos en la caseta del vigía, y caso que no quiten ese pabellón artero y maldito... nos volveremos á México...

Y se entró de golpe en la caseta de madera, no queriendo oír más razones. Dentro apenas cabíamos la Emperatriz, la señora Barrio, doña Vázquez de Bureau y yo, que sudábamos la gota gorda. Fuera estaban los chambelanes, las autoridades, los notables del lugar, los criados, la muchedumbre y demás comparsa. Carlota no hablaba, no se movía, no daba señales de impaciencia ni de disgusto. Dos horas habían pasado cuando llegó Marín en compañía del almirante Clouet, que dirigiéndose á la Emperatriz le dijo:

— Señora, por una equivocación se habían puesto los colores franceses en el bote que había de ocupar Vuestra Majestad, en vez de los mexicanos que le correspondían. Sírvase Vuestra Majestad pasar á bordo...

Dió el Almirante el brazo á la Señora, entramos al bote y luego nos embarcamos en el *Emperatriz Eugenia*, que ya nos aguardaba con sus calderas encendidas. La Señora subió la escala con aire preocupado; oyó sin aten-



derlos los votos de los que le deseaban buen viaje, los hurras de la marinería y los cañonazos que indicaban la salida del barco; se volvió apenas para dar las gracias al almirante Clouet, y á las seis y media de la tarde, cuando el vapor se movía torpe é indolentemente, queriendo sortear los arrecifes de la costa, la Emperatriz se encerró en

su cámara con el mismo aire preocupado y torvo que le habíamos visto. A las ocho, cuando me recreaba tomando un poco de aire, me llamó por conducto del médico.

— ¿Sabe usted, señora Ubiarco, que estoy recordando algo que me tiene muy preocupada?... Al salir, ya al montar en el coche, una mujer desconocida me entregó una carta que pensé sería un memorial; la abrí en el camino y me encontré que era la denuncia de un complot para asesinar al Emperador... ¿Cómo avisarle este caso horrible? ¿Cómo ponerle al tanto de esa espantosa conjura? Aquí, en medio del mar, no tenemos comunicación, no tenemos manera de promover nada... ¡Qué cruel, qué tremenda situación!... ¡Asesinado... asesinado el Emperador!... ¡por mi culpa, por mi silencio!

— Pero, dije discurriendo lo que cualquiera hubiera podido discurrir, ¿por qué Vuestra Majestad no dió el aviso tan pronto como se enteró de la carta?

— ¿No le digo á usted que me entregaron el papel al salir de Veracruz?

— Creía...

— Al salir de Veracruz, al salir de Veracruz, me dieron el maldito papel... el maldito papel... ¡Oh, qué horror!... ¡Muerto Su Majestad... y á manos de asesinos!

— ¿Y guarda Vuestra Majestad esa carta?

— No sé, no sé cómo la he perdido... ¡Pobre de mí! ¡Desgraciado del Emperador!... ¡Desgraciada de mí!...

Siguió lamentándose largo rato, y al fin me dijo quería echarse á descansar un poco. Pero la noche fué peor aún que el día. Perdí la cuenta de las ocasiones que durante la velada me llamó por medio de la camarista.

— No puedo conciliar el sueño; este ruido, este ruido insoportable de la hélice me taladra el cerebro, me rompe la cabeza, me hostiga, me mata... ¡Ay, qué ruido tan tremendo! ¡no sé cómo logran dormir ustedes!...

La consolaba, le aseguraba que se calmaría tratando de conciliar el sueño; la acompañaba á refrescarse á la toldilla, y á poco, no habían transcurrido diez minutos desde que la había dejado, me llamaba nuevamente!

— ¡Qué ruido tan espantoso, señora Ubiarco! ¡me va á volver loca!... ¡Pobre de mí!... Me tapo los oídos, me cubro la cabeza con la ropa, cuento números altos, rezo, pienso en muchas cosas sin parar en ninguna, y el maldito *teff-teff* me sigue persiguiendo: resuena á través de las plegarias, de los cálculos, de los pensamientos extravagantes, como si rompiera todo aquello y se incrustara en mi cerebro: *teff-teff... teff-teff... teff-teff...* Tóqueme usted la frente... tengo calentura, ¿verdad?

A la madrugada rindió la fatiga á la Emperatriz, y yo también descansé un poco. El día siguiente lo empleamos en tabicar con telas y colchones el camarote de la Señora; pero ni durmió ni dejó de escuchar el ruido de todo el día.

— Se me ha metido en la cabeza taladrándomela, pero

con mucho, con muchísimo dolor... Y luego, no saber una palabra de la suerte de Su Majestad...

Permanecía un rato callada, y al levantar la cabeza nos hacía señas.

— Aquí, aquí lo siento, decía tocándose las sienas: como un clavo, como un punzón... ¡Dios mío, qué espantoso!...

Bajamos á tierra en la Habana, y la Emperatriz pareció aliviarse un poco. La cumplimentaron el capitán general, el cabildo, el obispo, la justicia y el regimiento de la ciudad, y la señora se mostró encantada de la buena acogida de aquellas gentes.

Durante todo el viaje, exceptuando los malos días y peores noches que pasaba con el ruido de la máquina, su humor fué siempre igual, su entendimiento estuvo libre de preocupaciones y su palabra fué tan fácil y bondadosa como siempre lo había sido. Llegamos á Saint-Nazaire y ya nos aguardaban allí Almonte y su familia; la Emperatriz se conmovió grandemente al ver á aquel á quien habían apellidado Monck mexicano la adulación y la torpeza en triste consorcio.

— ¡Oh, general, le dijo, no sabe usted la satisfacción que tengo de ver un rostro leal aparte de los de las gentes de mi comitiva!... ¡Bendito Dios, general, que le mandó aquí para quitarme del espionaje indigno de los que me rodean en el buque!... Esa canalla estaba puesta para



... su humor fué siempre igual, su entendimiento estuvo libre de preocupaciones..

espiarme... ¡Bribones!... ¡Infames!... ¿Y el Emperador?

— Está en Vichy, señora, y dicen que se halla bastante enfermo.

— Pretextos... Ya verá usted.

Cogió el brazo de Almonte y se fué hablando con él por largo rato: yo sólo percibí voces aisladas:

— ¡Canalla!... Conmigo no habrá esas cosas: el ceremonial no reza conmigo... Cincuenta millones de francos... ¡Ya verá usted qué dineral!... Lo de mi madre...

Tomamos el ferrocarril y vi que se había calmado la excitación de la Emperatriz; pero su rostro estaba más congestionado que nunca.

— Todo lo hemos de arreglar... Todo lo hemos de arreglar... Todo lo hemos de arreglar, repetía con insistencia de necio.

Al llegar á París, su disgusto fué enorme. Aguardaba ver los carruajes de las Tullerías, las lujosas libreas, los lacayos atentos, los empleados de la casa imperial sumisos y respetuosos. No había nada de esto; se ignoraba ó se trataba de echar en olvido que llegaba la soberana de México, y no había ni una sola de las muestras de acatamiento que se le habían prodigado en otro tiempo.

— Se conoce, exclamó amargamente la Emperatriz, que han pasado tres años desde que Max y yo llegamos aquí llenos de esperanzas... ¡Cómo ha de ser!...

Nada le respondimos y ella demostró su conformidad

hablando de cosas insignificantes, sin dar, al parecer, importancia ninguna al suceso. Ese día lo pasamos escogiendo el traje, hermosa falda negra y corpiño blanco con golpes negros, y el sombrero, un gran sombrero blanco con enormes plumas de avestruz. Con esas prendas debía ir ataviada la Emperatriz á la primera entrevista, que había de efectuarse en Saint-Cloud. Iba la Señora alegre y satisfecha, deseosa de encontrarse frente á un adversario á quien todos temían y segura de vencerle. Se arregló con cuidado que no era común en ella, mandó prevenir los coches y nos ordenó estar listos para las nueve de la mañana.

A esa hora salimos del Grand Hotel, sino con el aparato que correspondía á una soberana, sí con el decoro que tocaba á una persona acomodada y que desea no ser tenida en poco.

Los Emperadores franceses recibieron á mi Emperatriz con bondad y con dulzura, la introdujeron á un cuarto cercano, y nosotros nos quedamos aguardando á que las reales personas salieran y á que nuestra ama nos llamara para retirarse. Pasó una, pasaron dos, pasaron tres horas y la entrevista no concluía. Manuelita Gutiérrez daba vueltas sin cesar, contestaba distraídamente á las preguntas que le hacían y hasta se acercaba á la mampara que dividía los cuartos por si podía escuchar alguna cosa. Poco después de medio día la buena señora no pudo

aguantar más y dijo á una de las damas de la Emperatriz Eugenia, que Carlota bebía todos los días, á las doce, un vaso de naranjada, que le ayudaba á refrescarse y purgar la bilis, y que en los días que llevaba de tomar el remedio (cosa cierta), había mejorado mucho de la excitación nerviosa que la había poseído.

— Hay que llevársela, concluyó la de Barrio.

— Yo no me atrevo, dijo una de las damas presentes.

— Ni yo, declararon las otras señoras.

— Pues de fijo se incomodará la Emperatriz si le falta su remedio favorito, insinuó la Gutiérrez.

— Yo lo llevaré en ese caso, dijo otra de las damas.

— Y yo la acompaño, completó Manolita.

Entraron las dos llevando el vaso de naranjada, y se oyó, mientras la mampara estuvo abierta, la voz de Carlota ora enojada, ora afligida, y la de Napoleón ora conciliadora, ora persuasiva.

— Se desagradó la Emperatriz, dijo la dama francesa arrojando el vaso sobre la mesa.

— Y también la nuestra, murmuró humildemente Manolita.

— Están muy excitados.

— Y maldito lo que se acordaron de la naranjada.

— Habría sido mejor no llevarla.

— Mucho mejor.

Como á la media hora salió Carlota más roja que